

VI

EL CASAMIENTO FORZOSO

COMEDIA

(1664)

PERSONAJES

SGANARELLE.

JERÓNIMO.

DORIMEA, joven coqueta, prometida de Sganarelle.

ALCANTOR, padre de Dorimea.

ALCIDAS, hermano de Dorimea.

LICASTO, amante de Dorimea.

PANCRACIO, doctor aristotélico.

MARFURIO, doctor pirrónico.

Dos egipcias.

La escena, en una plaza pública

ACTO ÚNICO

ESCENA I

SGANARELLE, solo

SGANARELLE.—(*Hablando con los que están en la casa.*) Vuelvo dentro de un momento. Que tengan mucho cuidado con la casa y que todo marche como es debido. Si me traen dinero, que vengan a buscarme enseguida a casa del señor Jerónimo... Si vienen a pedirlo, que digan que he salido y que no vuelvo en todo el día.

ESCENA II

SGANARELLE y JERÓNIMO

JERÓNIMO.—(*Que ha oído las últimas palabras de Sganarelle.*) He aquí una orden prudente.

SGANARELLE.—¡Ah, señor Jerónimo! Os encuen-

tro en el momento oportuno. Iba a buscaros a vuestra casa.

JERÓNIMO.—¿Y con qué objeto, si puede saberse?

SGANARELLE.—Para hablaros de un negocio que acaba de ocurrírseme y pediros vuestra opinión sincera.

JERÓNIMO.—Os la daré con mucho gusto. Me complace encontraros, porque podremos hablar con toda libertad.

SGANARELLE.—Preveniros si queréis. Se trata de una cosa importante que me han propuesto; y no es bueno hacer nada sin el consejo de los amigos.

JERÓNIMO.—Os quedo muy obligado por haberme buscado. No tenéis más que decirme de qué se trata.

SGANARELLE.—Antes de hacerlo yo os ruego que no me aduléis y que me digáis francamente lo que os parece.

JERÓNIMO.—Así lo haré, puesto que lo deseáis.

SGANARELLE.—No encuentro nada tan desagradable como esos amigos que no nos hablan claramente.

JERÓNIMO.—Tenéis razón.

SGANARELLE.—Y en este siglo se encuentran pocos amigos sinceros.

JERÓNIMO.—Eso es cierto.

SGANARELLE.—Prometedme, pues, señor Jerónimo, que me hablaréis con toda franqueza.

JERÓNIMO.—Os lo prometo.

SGANARELLE.—Jurádmelo por vuestra fe.

JERÓNIMO.—Lo juro por mi fe de amigo. Habladme de vuestro negocio.

SGANARELLE.—Quiero saber, sencillamente, si haré bien casándome.

JERÓNIMO.—¿Quién, vos?

SGANARELLE.—Sí; esta pobre persona. ¿Cuál es vuestra opinión sobre mi deseo?

JERÓNIMO.—Os ruego que antes de nada, me digáis una cosa.

SGANARELLE.—¿Cuál?

JERÓNIMO.—¿Qué edad podéis tener ahora?

SGANARELLE.—¿Yo?

JERÓNIMO.—Sí.

SGANARELLE.—Pues en verdad que no lo sé; me encuentro bien.

JERÓNIMO.—¿Cómo? ¿No sabéis poco más o menos vuestra edad?

SGANARELLE.—No. ¿Se suele pensar en eso?

JERÓNIMO.—¡Eh! Decidme, si no os importa: ¿cuántos años tenéis cuando nos conocimos?

SGANARELLE.—A fe mía que, entonces, no debía yo tener más de veinte años.

JERÓNIMO.—¿Cuánto tiempo estuvimos juntos en Roma?

SGANARELLE.—Ocho años.

JERÓNIMO.—¿Qué tiempo residisteis en Inglaterra?

SGANARELLE.—Siete años.

JERÓNIMO.—¿Y en Holanda, donde estuvisteis más tarde?

SGANARELLE.—Cinco años y medio.

JERÓNIMO.—¿Cuánto hace que volvisteis?

SGANARELLE.—Volví aquí el cincuenta y seis.

JERÓNIMO.—De cincuenta y seis a sesenta y ocho van doce años, si no me equivoco. Más cinco años de Holanda son diecisiete: siete años

más en Inglaterra hacen veinticuatro; ocho de estancia en Roma hacen treinta y dos, que sumados a los veinte que tenáis cuando nos conocimos dan un total de cincuenta y dos. Por lo cual, señor Sganarelle, según vuestra propia confesión, estáis aproximadamente en vuestro cincuenta y tres aniversario.

SGANARELLE.—¿Yo? No puede ser.

JERÓNIMO.—¡Dios mío! Mis cálculos no fallan y sobre estos datos os diré francamente, como amigo, tal como prometí hablaros, que el matrimonio para vos no resulta adecuado. Es un paso en el que deben pensar suficientemente los jóvenes antes de darlo; mas la gente de vuestra edad no debe ni pensarlo. Y si se dice que la mayor de todas locuras es la de casarse, no me parece nada más inoportuno que cometer tal locura en la época que debemos ser más sensatos. En fin: yo os digo claramente mi manera de pensar, y me pareceríais el hombre más ridículo del mundo, si después de haber sido libre hasta este momento, aceptaseis ahora la más pesada de las cadenas.

SGANARELLE.—Pues yo os digo que estoy dispuesto a casarme y que no me siento nada ridículo por hacerlo con la joven que busco.

JERÓNIMO.—¡Ah, eso es otra cosa! De eso, no me habéis hablado.

SGANARELLE.—Se trata de una joven que me gusta y a la que amo de todo corazón.

JERÓNIMO.—¿Con todo vuestro corazón, estáis seguro?

SGANARELLE.—Sin duda alguna y acabo de pedirle a su padre.

JERÓNIMO.—¿La habéis pedido?

SGANARELLE.—Como os lo digo. Es un matrimonio que debe celebrarse esta noche, y ya he dado mi palabra.

JERÓNIMO.—¡Oh, casaos entonces! No digo una palabra.

SGANARELLE.—¿Cómo abandonar el propósito que me he hecho? ¿Os parece, señor Jerónimo, que no estoy en condiciones de pensar en una mujer? No hablemos más de la edad que pueda tener; consideremos tranquilamente la situación. ¿Conocéis un hombre de treinta años que parezca más lozano y más vigoroso que éste que veis? ¿Los movimientos de mi cuerpo no son mejores que nunca? ¿Se ve que tenga yo necesidad de carroza o litera? ¿No cuento con los mejores dientes del mundo? (*Los muestra.*) ¿Puesto que realizo copiosamente cuatro comidas al día, puede encontrarse un estómago en mejor estado que el mío? (*Tose.*) ¡Ejem, ejem, ejem! ¡Eh! ¿Qué me decís?

JERÓNIMO.—Tenéis razón, me había equivocado. Haréis bien casándoos.

SGANARELLE.—Tiempo atrás, me resistía; mas ahora tengo razones poderosas para hacerlo. Aparte de la alegría que me dará poseer a una bella esposa que me hará objeto de mil caricias, que me mimará y dará naturalmente friegas cuando esté fatigado; aparte esta alegría, repito, considero que si permanezco soltero dejaré que se extinga la raza de los Sganarelle, mientras que si me caso, reviviré en otros; tendré el placer de renacer en mis criaturas; caritas que se me parecerán como entre sí las gotas de agua;

que jugarán continuamente en la casa; que me llamarán papá cuando regrese de la ciudad y que me dirán las más lindas locuras del mundo. Mirad: ya me siento padre, con media docena de ellas a mi alrededor.

JERÓNIMO.—Nada más agradable en verdad, por lo que os aconsejo casaros lo antes posible.

SGANARELLE.—¿De veras me lo aconsejáis?

JERÓNIMO.—Sí. Creo que no haríais nada mejor.

SGANARELLE.—Os confieso que me encanta vuestro leal consejo.

JERÓNIMO.—¡Ah! ¿Cuál es la persona, perdonad, con la que estáis dispuesto a casaros?

SGANARELLE.—Dorimena.

JERÓNIMO.—¿Esa joven tan galante y tan bien parecida?

SGANARELLE.—Sí.

JERÓNIMO.—¿La hija del señor Alcantor?

SGANARELLE.—La misma.

JERÓNIMO.—¿La hermana de ciertos Alcidas, que sirve como oficial del ejército?

SGANARELLE.—Eso es.

JERÓNIMO.—¡Válgame el cielo!

SGANARELLE.—¿Qué os parece?

JERÓNIMO.—¡Magnífico partido! Casaos pronto.

SGANARELLE.—¿No he elegido razonablemente?

JERÓNIMO.—Sin duda. ¡Ah, bien casado estaréis! Apresuráos a hacerlo.

SGANARELLE.—Diciéndomelo, me llenáis de alegría. Os agradezco vuestro consejo y os invito esta noche a mi boda.

JERÓNIMO.—No faltaré; y quiero asistir a la boda con máscara, para honrarla debidamente.

SGANARELLE.—Servidor

JERÓNIMO.—(*Aparte.*) ¡La joven Dorimena, hija del señor Alcantor, casada con el señor Sganarelle, que no tiene más que cincuenta y tres años! ¡Hermosa boda! ¡Hermosa boda! (*Repite la expresión algunas veces al hacer mutis.*)

ESCENA III

SGANARELLE, solo

SGANARELLE.—Este casamiento será magnífico, puesto que alegra a todo el mundo y hace reír a todos aquellos a quienes se lo digo. Me siento el más dichoso de los hombres.

ESCENA IV

DORIMENA y SGANARELLE

DORIMENA.—(*Al fondo de la escena, a un pequeño lacayo que la sigue.*) Vamos, pequeño, sosten-ga bien mi cola y no juguetees con ella.

SGANARELLE.—(*Aparte, viendo a Dorimena.*) Aquí llega mi dueña. ¡Ah, cuán atrayente es! ¡Qué aire! ¡Qué talle! ¿Puede haber algún hombre que al verla no sienta deseos de casarse? (*A Dorimena.*)

¿Adónde vais, bella criatura, querida esposa futura de vuestro futuro esposo?

DORIMENA.—Voy a hacer algunas compras.

SGANARELLE.—Muy bien, encanto; ¡qué dichosos vamos a ser los dos! Ya no tendréis ninguna razón para negarme nada; podré hacer con vos lo que me plazca, sin que nadie se escandalice. Vais a ser mía de la cabeza a los pies, y yo seré dueño de todo: de vuestros despiertos ojillos, de vuestra naricilla pícara, de vuestros labios apetitosos, de vuestras orejas amorosas, de vuestra barbillita linda, de vuestros pechitos redondos, de vuestro... En fin: toda vuestra persona estará a mi disposición y nadie me impedirá acariciaros como quiera. ¿No os alegra nuestro casamiento, amable niña?

DORIMENA.—Muchísimo, os lo juro. Ya que hasta ahora, la severidad de mi padre, me ha tenido esclavizada con la sujeción más enojosa del mundo. Hace ya tiempo que sufro la poca libertad que me permite, y he deseado mil veces casarme para salir prontamente de la opresión a que me condena y verme dispuesta a hacer lo que quiera. A Dios gracias, habéis llegado vos por fortuna, y desde este momento me preparo a procurarme diversiones y a recuperar, como es lógico, el tiempo perdido. Como sois un hombre muy galante y sabéis cómo hay que vivir, espero hacer el mejor matrimonio del mundo, y que no pertenecereis a esa clase de maridos incómodos deseosos de que sus mujeres vivan como erizos. Os confieso que me sería difícil amoldarme, puesto que la soledad me desespera. Me gustan el juego, las visitas,

las reuniones, las atenciones y los paseos; en una palabra: todas las cosas placenteras; y debéis estar encantado de estar llamado a poseer una esposa de mi carácter. No tendremos nunca una riña; yo no intervendré en vuestros actos, así como espero no os opongáis a los míos; pues, a mi juicio, en todo matrimonio ha de haber un acuerdo mutuo y no debe realizarse una boda para irritarse por cualquier cosa. En fin: viviremos casados como dos personas que conocen el mundo. Ninguna sospecha celosa enturbiará nuestra frente, y bastará que estéis tan seguro de mi felicidad, como yo lo estaré de la vuestra. Mas, ¿qué os ocurre? Veo que ha cambiado vuestro aspecto por completo.

SGANARELLE.—Fueron unos vapores que acaban de subírseme a la cabeza.

DORIMENA.—Se trata de una dolencia que ataca a muchas gentes; nuestro matrimonio os libraré de cualquiera. ¡Adiós! Deseo con impaciencia tener vestidos adecuados para tirar pronto estos harapos. Voy a terminar de comprar todas las cosas que necesite, y os enviaré los vendedores.

ESCENA V

IERÓNIMO y SGANARELLE

IERÓNIMO.—¡Ah!, señor Sganarelle; celebro encontraros aquí todavía; descubrí un orfebre que, enterado de que buscabais alguna hermosa sorti-

ja de diamantes para hacer un regalo a vuestra esposa, me ha pedido encarecidamente que viniera a hablaros y que os dijera que tiene una venta, que es la más perfecta del mundo.

SGANARELLE.—¡Dios mío! No corre tanta prisa.

JBRÓNIMO.—¡Cómo! ¿Qué queréis decir con esto? ¿Dónde está el fuego que hace poco mostrabais?

SGANARELLE.—Desde entonces, he sentido ciertos pequeños escrúpulos sobre el matrimonio. Antes de seguir adelante quisiera reflexionar a fondo sobre esta materia y que me expliquen un sueño que he tenido esta noche y que turba mi espíritu. Ya sabéis que los sueños son como espejos, donde se anticipa a veces todo lo que ha de sucedernos. Pues bien; parecíame que estaba yo en un navío que marchaba sobre un mar agitado y que...

JBRÓNIMO.— Señor Sganarelle, tengo ahora un pequeño negocio que me impide atenderos. No entiendo nada de sueños por otra parte, y en cuanto al razonamiento del matrimonio, ahí tenéis dos sabios, dos filósofos vecinos nuestros, que son gentes que os informarán de todo lo que puede saberse sobre ese tema. Como pertenecen a sectas distintas, podréis comparar sus opiniones. Por mi parte, suscribo lo que acabo de deciros hace poco y me reitero verdadero servidor.

SGANARELLE.—(Solo.) Tiene razón. Consultaré a esta gente sobre mi incertidumbre.

ESCENA VI

PANCRACIO Y SGANARELLE

PANCRACIO.—(Sin ver a Sganarelle.) ¡Vaya, amigo mío! Sois un impertinente; un hombre que debe ser desterrado de la república de las letras.

SGANARELLE.—¡Ah bueno! Aquí llega uno muy adecuado.

PANCRACIO.—(Que sigue sin ver a Sganarelle.) Sí; sostendré con vivas razones que eres un ignorante, ignorantísimo, ignoranticador e ignoranticado en todos los casos y formas imaginables.

SGANARELLE.—(Aparte.) Disputa con alguien. (A Pancracio.) Señor...

PANCRACIO.—(Ignorándole.) Quieres dedicarte a razonar y no sabes siquiera en qué consiste la razón...

SGANARELLE.—(Aparte.) Deben de haberle irritado muchísimo. (A Pancracio.) Yo...

PANCRACIO.—(Ignorándole todavía.) Entre tu opinión y la verdad, media un abismo...

SGANARELLE.—Beso vuestras manos, señor doctor.

PANCRACIO.—Servidor.

SGANARELLE.—¿Se puede...?

PANCRACIO.—(Volviéndose hacia el sitio por donde ha entrado.) ¿Sabes lo que hice...? Un silogismo in balordo.

SGANARELLE.—Yo os...

PANCRACIO.—(*Del mismo modo.*) La mayoría es torpe, la minoría impertinente, la conclusión ridícula...

SGANARELLE.—Yo..

PANCRACIO.—(*Sin mirarle.*) Antes reventaría yo que confesar lo que dices. Sostendré mi opinión hasta la última gota de mi tinta.

SGANARELLE.—Puedo.

PANCRACIO.—(*Sin mirarle.*) Sí; defenderé esta proposición, *pugnīs et calcibus, unguibus et rostro* (1).

SGANARELLE.—Señor Aristóteles, ¿podría saberse lo que os saca de quicio?

PANCRACIO.—Un tema de lo más justo del mundo.

SGANARELLE.—¿Y qué más?

PANCRACIO.—Un ignorante ha querido sostener una proposición absurda, horrenda, execrable.

SGANARELLE.—¿Puedo preguntar de qué se trata?

PANCRACIO.—¡Ah, señor Sganarelle! Todo anda trastornado hoy día, y el mundo ha caído en una corrupción general. Una licencia horrorosa reina por todas partes, y los magistrados, a quienes corresponde mantener el orden en el estado, deberían enrojecer de vergüenza por permitir un escándalo tan intolerable como el que quisiera contaros.

SGANARELLE.—¿Qué es ello?

PANCRACIO.—¿No es algo inconcebible, algo que clama al cielo, soportar que se diga públicamente «la forma de un sombrero»?

SGANARELLE.—¿Cómo?

PANCRACIO.—Yo sostengo que hay que decir «la figura de un sombrero» en lugar de «forma», teniendo en cuenta que hay una gran diferencia entre forma y figura; la forma es la disposición exterior de los cuerpos inanimados, y puesto que el sombrero es un cuerpo inanimado debe decirse «la figura del sombrero» y no la «forma». (*Volviéndose otra vez al sitio por donde ha entrado.*) Sí, ignorante; así es como debe hablarse, teniendo en cuenta los conceptos de Aristóteles en el capítulo *Sobre la cualidad*.

SGANARELLE.—(*Aparte.*) Creí que todo estaba perdido. (*A Pancracio.*) Señor doctor; dejad de pensar en todo eso. Yo...

PANCRACIO.—Me ciega la cólera en tal forma, que no pienso en nada.

SGANARELLE.—Dejad la forma y el sombrero en paz. Quisiera comunicaros algo. Yo...

PANCRACIO.—¡Impertinente perdido!

SGANARELLE.—Por favor, sosegaos. Yo...

PANCRACIO.—¡Ignorante!

SGANARELLE.—¡Ah, Dios mío! Yo...

PANCRACIO.—¡Querer sostenerme una proposición de ese género!

SGANARELLE.—Hace mal. Yo...

PANCRACIO.—¡Una proposición condenada por Aristóteles!

SGANARELLE.—Eso es cierto. Yo...

PANCRACIO.—En términos explícitos.

SGANARELLE.—Tenéis razón. (*Volviéndose hacia el lugar por donde Pancracio ha entrado.*) Sí; sois un necio y un desvergonzado por querer discutir con un doctor que sabe leer y escribir. (*A Pancracio.*) Ya está. Os ruego que me escuchéis. Vengo

(1) «A puñetazos y a puntapiés, a arañazos y a picotazo».

a consultaros sobre un problema que me inquieta. Deseo tomar mujer para que me haga compañía en casa. La interesada es bella y bien formada; me gusta mucho y está dispuesta a casarse conmigo. Su padre me la ha concedido; más temo un poco lo que sabéis: esa desgracia de la que nadie se preocupa, y quisiera rogaros encarecidamente como filósofo, que me deis vuestra opinión. ¡Eh! ¿Cuál es vuestro dictamen?

PANCRACIO.—Antes que aceptar que pueda dársele la forma de un sombrero, afirmaríais que *datur vacuum in rerum natura* (1), y que no soy más que un animal.

SGANARELLE.—(Aparte.) ¡Qué lata de hombre! (A Pancracio.) ¡Eh! señor doctor, escuchad un poco a la gente. Están hablandoos hace casi una hora y no contestáis a nada de lo que se os pregunta.

PANCRACIO.—Os pido perdón. Una cólera justa ciega mi espíritu.

SGANARELLE.—¡Bah! Dejad todo eso y tomaos la molestia de escucharme.

PANCRACIO.—Sea. ¿Qué es lo que queréis decirme?

SGANARELLE.—Quiero hablaros de algo.

PANCRACIO.—¿Y qué lengua emplearéis para vuestro propósito?

SGANARELLE.—¿Qué lengua?

PANCRACIO.—Sí.

SGANARELLE.—¡Pardiez! La lengua que tengo en la boca. Creo que no voy a ir a pedirle una prescripción al vecino.

(1) El vacío existe en la naturaleza

PANCRACIO.—Quiero decir, ¿qué idioma, qué lenguaje?

SGANARELLE.—¡Ah...! Eso es otra cosa.

PANCRACIO.—¿Queréis hablarme en italiano?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En español?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En inglés?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En latín?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En griego?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En hebreo?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En sirio?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En turco?

SGANARELLE.—No.

PANCRACIO.—¿En árabe?

SGANARELLE.—No, no; en francés.

PANCRACIO.—¡Ah! En francés.

SGANARELLE.—Muy bien.

PANCRACIO.—Situaros a este otro lado, pues este oído lo reservo para las lenguas científicas y extranjeras, y este otro para la materna.

SGANARELLE.—(Aparte.) ¡Cuántas ceremonias hay que hacer con esta clase de gentes!

PANCRACIO.—¿Qué deseáis?

SGANARELLE.—Consultaros una pequeña dificultad.

PANCRACIO.—¿Sobre una dificultad filosófica, sin duda...?

SGANARELLE.—Perdonadme. Yo

PANCRACIO.—¿Queréis acaso saber si la substancia y el accidente equivalen a términos sinónimos o equívocos con relación al ser?

SGANARELLE.—Nada de eso. Yo...

PANCRACIO.—¿Si la lógica es un arte o una ciencia...?

SGANARELLE.—No es eso. Yo...

PANCRACIO.—¿Si tiene por objeto las tres operaciones del espíritu, o solamente la tercera?

SGANARELLE.—No; yo...

PANCRACIO.—¿Si tiene diez categorías o una tan solo?

SGANARELLE.—En absoluto. Yo...

PANCRACIO.—¿Si la conclusión constituye la esencia del silogismo?

SGANARELLE.—De ningún modo. Yo...

PANCRACIO.—¿Si la esencia del bien radica en apetecerlo o en su conveniencia?

SGANARELLE.—No; yo...

PANCRACIO.—¿Si el bien se confunde con el fin?

SGANARELLE.—No, ¡por Dios! yo...

PANCRACIO.—¿Si el fin puede conovernos por su ser real o por su ser intencional?

SGANARELLE.—¡No, no, no, no, no; por todos los diablos!

PANCRACIO.—Explicad vuestro pensamiento, pues yo no puedo adivinarlo.

SGANARELLE.—Hace tiempo que pretendo hacerlo; pero hay que escucharme... (*Hablando al mismo tiempo que el doctor.*) El asunto que quiero referiros es que tengo ganas de casarme con una bella joven. La amo de verdad y la he pedido a su padre; mas me temo...

PANCRACIO.—(*Sin escuchar a Sganarelle.*) La

palabra le ha sido concedida al hombre para que exprese su pensamiento, y así como los pensamientos son los retratos de las cosas, de igual modo vuestras palabras retratan nuestros pensamientos. (*Sganarelle, impacientado, le tapa la boca al doctor en distintas ocasiones; pero éste sigue hablando en cuanto retira la mano.*) Mas esos retratos difieren de los otros en la misma medida que en todas partes los retratos difieren de sus originales, y la palabra encierra en sí su original, puesto que ella no es más que el pensamiento expresado por un signo exterior; de aquí proviene que los que piensan bien, son en consecuencia los que mejor hablan. Explicadme pues vuestro pensamiento, por medio de la palabra, que es el más inteligible de los signos.

SGANARELLE.—(*Empuja al doctor a su casa y cierra la puerta para impedir su salida.*) ¡Maldito hombre!

PANCRACIO.—(*Dentro de la casa.*) Sí; la palabra es *animi index et speculum* (1). Es el intérprete del corazón, la imagen del alma. (*Continúa, asomado a la ventana.*) Es un espejo que nos representa nuevamente los más secretos arcanos de nuestros semejantes, y puesto que poseéis la facultad de raciocinar y de hablar al mismo tiempo, ¿cómo es que no empleáis la palabra para darme a entender vuestro pensamiento?

SGANARELLE.—Eso es lo que quisiera hacer; pero no hacéis por escucharme.

PANCRACIO.—Ya os escucho; hablad.

SGANARELLE.—Digo pues, señor doctor, que...

(1) «El índice y el espejo del alma».

PANCRACIO.—Sed breve, sobre todo.

SGANARELLE.—Lo seré.

PANCRACIO.—Evitad la prolijidad.

SGANARELLE.—¡Ah, señ...!

PANCRACIO.—Resumid vuestro discurso en un apotegma lacónico.

SGANARELLE.—Yo os...

PANCRACIO.—Dejaos de ambages y de circunloquios. (*Sganarelle, desesperado por no poder hablar, coge piedras para tirárselas al doctor.*) ¿Cómo? ¿Os encolerizáis en vez de explicaros? Sois más impertinente aun que el que sostuvo que debe decirse «forma» de un sombrero; y os probaré en cualquier caso, con razones demostrativas y convincentes, con argumentos *in barbara*, que no sois ni seréis nunca más que una pécora, y que yo soy y seré siempre, *in utroque jure*, el doctor Pancracio.

SGANARELLE.—¡Charlatán endiablado!

PANCRACIO.—(*Volviendo a la escena.*) Hombre de letras, hombre de erudición.

SGANARELLE.—¿Y qué mas?

PANCRACIO.—Hombre suficiente, hombre de capacidad. (*Al marcharse.*) Hombre muy experto en todas las ciencias: naturales, morales y políticas. (*Volviendo.*) Hombre sabio, sapintísimo; *per omnes modos et casus* (1). (*Marchándose.*) Hombre que posee, *superlative*, fábulas, mitologías e historias. (*Volviendo*); gramática, poesía, retórica, dialéctica y sofística. (*Marchándose*); matemáticas, aritmética, óptica, oniromancia, física y matemática. (*Volviendo.*) Cosmometría,

(1) Per todos los modos y casos.

geometría, arquitectura, especuloria y especulatoria. (*Yéndose.*) Medicina, astronomía, metoposcopia, quiromancia, geomancia, etc.

ESCENA VII

SGANARELLE, solo

SGANARELLE.—¡Al diablo con los sabios que no quieren escuchar a la gente! Ya me habían dicho que vuestro maestro Aristóteles era tan sólo un hablador. Voy en busca del otro; parece más reposado y más razonable. ¡Hola!

ESCENA VIII

MARFURIO y SGANARELLE

MARFURIO.—¿Qué queréis de mí, señor Sganarelle?

SGANARELLE.—Señor doctor, querría que me aconsejaseis en un pequeño asunto, y con ese fin he venido a veros. (*Aparte.*) ¡Ah, la cosa marcha bien! Éste escucha a la gente.

MARFURIO.—Señor Sganarelle, variad si os place, la manera de hablar. La filosofía aconse-

ja enunciar las proposiciones de manera imprecisa, que se hable de todo con incertidumbre, que se suspenda siempre el juicio; y por esta razón no debierais haber dicho «he venido», sino «me parece que he venido».

SGANARELLE.—¿Me parece?

MARFURIO.—Sí.

SGANARELLE.—¡Pardiez! No queda otro remedio que parecerme, puesto que es así.

MARFURIO.—Eso no es más que una consecuencia; y puede parecéroslo sin que la cosa sea cierta.

SGANARELLE.—¡Cómo! ¿Qué no es cierto que he venido?

MARFURIO.—Es incierto y debemos dudar de todo.

SGANARELLE.—¡Cómo! ¿No estoy aquí? ¿No me habláis?

MARFURIO.—Se me figura que estáis aquí y me parece que os hablo; pero no podría asegurarlo.

SGANARELLE.—¡Eh, qué diablo! Os burláis. Heme aquí y héteos ahí bien claramente, y no encuentro nada de «me parece» en todo esto. Dejemos tales sutilezas, os lo suplico, y hablemos de mi asunto. Vengo a deciros que no tengo ganas de casarme.

MARFURIO.—No sé nada.

SGANARELLE.—Yo os lo digo

MARFURIO.—Puede ser.

SGANARELLE.—La joven que he elegido es muy joven y bellísima.

MARFURIO.—No es imposible.

SGANARELLE.—¿Haré bien o mal en casarme con ella?

MARFURIO.—Lo uno y lo otro.

SGANARELLE.—(Aparte.) ¡Ah, ah! He aquí otra música. (A Marfurio.) Os pregunto si haré bien en casarme con la joven de que os he hablado.

MARFURIO.—Según resulte.

SGANARELLE.—¿Haré mal?

MARFURIO.—Depende de la suerte.

SGANARELLE.—Por favor, respondedme como es debido.

MARFURIO.—Ése es mi deseo.

SGANARELLE.—Yo siento un gran afecto por la joven.

MARFURIO.—Puede ser.

SGANARELLE.—Su padre me la ha concedido.

MARFURIO.—Es posible.

SGANARELLE.—Mas temo, si me caso con ella, ser cornudo.

MARFURIO.—La cosa es muy factible.

SGANARELLE.—¿Qué os parece?

MARFURIO.—Nada lo hace imposible.

SGANARELLE.—Mas ¿qué haréis si estuviéseis en mi lugar?

MARFURIO.—No sé.

SGANARELLE.—¿Qué me aconsejáis en todo caso que haga?

MARFURIO.—Lo que más os agrade.

SGANARELLE.—Lograréis enfurecerme.

MARFURIO.—Yo me lavo las manos.

SGANARELLE.—¡Al diablo el viejo soñador!

MARFURIO.—Y lo que sea sonará.

SGANARELLE.—(Aparte.) ¡Malhaya el verdugo! ¡Yo te haré cambiar de tono, redomado filósofo perro! (Apalea a Marfurio.)

MARFURIO.—¡Ay, ay, ay!

SGANARELLE.—Ya pagué tu galimatías y héme contento.

MARFURIO.—¡Cómo! ¡Qué insolencia! ¡Ultrajarme de esta manera! ¡Haber tenido la osadía de ofender a un filósofo de mi clase!

SGANARELLE.—No comprendo vuestra manera de hablar... Hay que dudar de todo; y no debéis decir que «os he pegado», sino que «os parece que os he pegado»...

MARFURIO.—¡Ah! Voy a presentar una queja al comisario del barrio por los golpes recibidos.

SGANARELLE.—Yo me lavo las manos.

MARFURIO.—Tengo las señales sobre mi persona.

SGANARELLE.—Puede ser.

MARFURIO.—Eres tú quien me ha tratado así.

SGANARELLE.—No es imposible.

MARFURIO.—Conseguiré una sanción contra tí.

SGANARELLE.—No sé nada.

MARFURIO.—Y serás condenado en justicia.

SGANARELLE.—Lo que sea sonará.

ESCENA IX

SGANARELLE, solo

SGANARELLE.—¡Cómo! No he podido sacar una palabra en claro de ese condenado, y sigo sabiendo lo mismo que al principio. ¿Qué debó hacer en esta incertidumbre respecto a mi ma-

trimonio? Nunca creo que haya habido un hombre más turbado que yo. ¡Ah! He aquí unas egipcias; haré que me digan la buena ventura.

ESCENA X

DOS EGIPCIAS y SGANARELLE. Las egipcias, con pañeretas, entran cantando y bailando

SGANARELLE.—¡Qué gallardas! Escuchadme: ¿no hay medio de que me digáis la buena ventura?

EGIPCIA PRIMERA.—Sí, apuesto señor; las dos podemos decírtelo.

EGIPCIA SEGUNDA.—No tienes más que darnos tu mano con una moneda; y te diremos algo provechoso.

SGANARELLE.—Ahí tenéis las dos lo que pedís.

EGIPCIA PRIMERA.—Tienes buen aspecto, mi ilustre señor; buen aspecto.

EGIPCIA SEGUNDA.—Sí, buen aspecto, la fisonomía de un hombre que será un día importante.

EGIPCIA PRIMERA.—Te casarás muy pronto, mi ilustre señor; te casarás muy pronto.

EGIPCIA SEGUNDA.—Te casarás con una linda mujer, con una linda mujer.

EGIPCIA PRIMERA.—Sí; con una mujer que será querida y amada por todo el mundo.

EGIPCIA SEGUNDA.—Con una mujer que te traerá muchos amigos, mi ilustre señor; muchas amigos.

EGIPCIA PRIMERA.—Con una mujer que traerá la abundancia a tu casa.

EGIPCIA SEGUNDA.—Con una mujer que te dará una gran fama.

EGIPCIA PRIMERA.—Serás considerado por ella, mi ilustre señor; considerado por ella.

SGANARELLE.—Ya es bastante. Mas decidme: ¿estoy amenazado con ser cornudo?

EGIPCIA SEGUNDA.—¿Cornudo?

SGANARELLE.—Sí.

EGIPCIA PRIMERA.—¿Cornudo?

SGANARELLE.—Sí. ¿Estoy amenazado con ser cornudo?

EGIPCIAS.—(*Bailan y cantan.*) ¡Ah, ah!

SGANARELLE.—¡Qué diablo, eso no es contestar me! Venid aquí. Os pregunto a las dos si seré cornudo.

EGIPCIA SEGUNDA.—¿Cornudo vos?

SGANARELLE.—Sí. ¿Seré cornudo?

EGIPCIA PRIMERA.—¿Vos cornudo?

SGANARELLE.—Sí, ¿lo seré o no lo seré? (*Váanse las egipcias, danzando y cantando.*)

ESCENA XI

SGANARELLE, solo

SGANARELLE.—¡Malhaya estas carroñas, por haberme dejado más inquieto! Es preciso, definitivamente, que yo conozca el destino que me espera con mi matrimonio; y para ello voy a

buscar a ese gran hechicero del que todo el mundo habla, y que con su arte admirable, hace ver todo lo que a uno le interesa. Por casualidad, no tengo que ir al hechicero; aquí llega quien me enseñará todo lo que necesito saber.

ESCENA XII

DORIMEA, LICASTO y SGANARELLE, retirado sin ser visto

LICASTO.—¡Cómo! Bella Dorimea, ¿habláis en serio?

DORIMEA.—Absolutamente en serio.

LICASTO.—¿Os casáis de verdad?

DORIMEA.—De verdad, de verdad.

LICASTO.—¿Y celebráis vuestra boda esta noche?

DORIMEA.—Esta misma noche.

LICASTO.—¿Y podéis, cruel, olvidar la clase de amor que por vos siento, y las palabras amables que alguna vez me habéis dado?

DORIMEA.—¿Yo? En absoluto. Os considero siempre igual, y este matrimonio no debe inquietaros. No me caso con el hombre que sabéis por amor; únicamente su riqueza me hace decidirme a aceptarlo. No tengo fortuna, vos tampoco, y ya sabéis que sin ella se pasa mal el tiempo en la vida; y que al precio que sea hay

ocasión para salir de apuros; y lo he hecho con la esperanza de verme pronto liberada del vejatorio con que me caso. Es un hombre que morirá antes de pensarlo, que no cuenta con más de seis meses de vida. Os lo garantizo difunto en ese tiempo, por lo que no tendré que pedir largamente al cielo el feliz estado de viuda. (*Dirigiéndose a Sganarelle al verte.*) ¡Ah! Hablábamos de vos, todo lo bien que te mereces.

LICASTO.—¿Es éste el señor...?

DORIMEA.—Sí; el señor es el que me toma por esposa.

LICASTO.—Permitid, señor, que os felicite por vuestro casamiento y os ofrezca al mismo tiempo mis humildísimos servicios. Os aseguro que os casáis con una persona honestísima; y a vos, señorita, os felicito y celebro la elección que habéis hecho. No podíais encontrar nada mejor, y el señor tiene todo el aspecto de un marido excelente. Sí, señor; quiero trabar amistad con vos y establecer de mutuo acuerdo gratas relaciones de visitas y diversiones.

DORIMEA.—Es excesivo el honor que ambos me hacéis. Mas vamos; el tiempo urge; ya tendremos ocasión de conversar juntos.

ESCENA XIII

SGANARELLE, solo

SGANARELLE.—Heme aquí completamente asqueado de mi casamiento; y creo que no haré nada mal retirando mi palabra. Me ha costado ya algún dinero; pero creo preferible perder lo que he perdido, que exponerme a cosas peores. ¡Procuraremos zafarnos hábilmente de este negocio! ¡Hola!

ESCENA XIV

ALCANTOR y SGANARELLE

ALCANTOR.—¡Ah, yerno mío! ¡Sed bienvenido!

SGANARELLE.—Señor, soy vuestro servidor.

ALCANTOR.—¿Venís para dar los últimos toques al casamiento?

SGANARELLE.—Perdonadme.

ALCANTOR.—Os juro que tengo tanta impaciencia como vos.

SGANARELLE.—Yo, vengo aquí para otra cosa.

ALCANTOR.—Por mi parte, he dado orden para

que se disponga todo lo necesario para la fiesta.
SGANARELLE.—No es cuestión precisamente de eso.

ALCANTOR.—Están contratados los violines, encargado el festín y mi hija dispuesta para recibirlos.

SGANARELLE.—No son esos problemas los que me atraen.

ALCANTOR.—Vais a quedar satisfecho en definitiva, y nada puede nublar vuestro contento.

SGANARELLE.—¡Dios mío...! ¡Es otra cosa!

ALCANTOR.—Vamos, entrad ya, yerno mío.

SGANARELLE.—Necesito deciros dos palabras.

ALCANTOR.—¡Ah, Dios mío, no empleéis tantos circunloquios! Entrad pronto, si os place.

SGANARELLE.—No, os digo. Quiero hablaros antes.

ALCANTOR.—¿Queréis decirme algo?

SGANARELLE.—Sí.

ALCANTOR.—¿Qué es ello?

SGANARELLE.—Señor Alcantor: os he pedido vuestra hija en matrimonio como sabéis, y vos me la habéis concedido; mas tengo demasiada edad para ella, y pienso que no soy el que le conviene.

ALCANTOR.—Perdonadme; mi hija os encuentra bien tal como sois, y estoy seguro que vivirá muy contenta con vos.

SGANARELLE.—Nada de eso. Soy víctima a veces de rarezas espantosas, y la harían sufrir demasiado mis malos humores.

ALCANTOR.—Mi hija es muy complaciente, y ya veréis como se adaptará por completo a vuestro carácter.

SGANARELLE.—Sufro ciertos achaques corporales que podrían disgustarla.

ALCANTOR.—Pero eso no es nada... Una mujer honesta no se desgana nunca con su marido.

SGANARELLE.—En fin: ¿queréis que os lo diga? No os aconsejo que me la deis.

ALCANTOR.—¿Os burláis, sin duda...? Preferiría la muerte a faltar a mi palabra.

SGANARELLE.—¡Dios mío! Os dispenso de ella...

ALCANTOR.—De ninguna manera. Os la he prometido, y será vuestra pese a todos los que la pretendan.

SGANARELLE.—(Aparte.) ¡Qué diablo!

ALCANTOR.—Creédmelo; tengo una amistad y una estimación por vos muy especiales; y negaría mi hija a un príncipe con tal de entregársela.

SGANARELLE.—Señor Alcantor, os agradezco el honor que me hacéis; mas os anuncio que no quiero casarme.

ALCANTOR.—¿Quién, vos?

SGANARELLE.—Sí, yo.

ALCANTOR.—¿Y por qué razón?

SGANARELLE.—¿Por qué razón? Pues porque no me siento ápto para el matrimonio, y desearía imitar a mi padre y a todos los de mi raza, que no quisieron nunca casarse.

ALCANTOR.—Escuchadme. Cada uno es libre de hacer su voluntad, y yo no soy hombre que obligue nunca a nadie. Os habéis comprometido conmigo a casaros con mi hija, y todo está dispuesto para la boda; ahora bien, si retiráis vuestra palabra, veré lo que puede hacerse y pronto tendréis noticias mías.

ESCENA XV

SGANARELLE, solo

SGANARELLE.—Resulta más razonable aún de lo que yo pensaba, y creí que iba a costarme más trabajo de lo que me ha costado zafarme. A fe mía, cuando lo pienso, creo que he hecho muy bien retirándome de este compromiso. Iba yo a dar un paso del que me hubiera, quizá, arrepentido con el tiempo. Mas he aquí el hijo que viene a traerme una respuesta.

ESCENA XVI

ALCIDAS y SGANARELLE

ALCIDAS.—(*Hablando en tono zalamero.*) Señor, soy vuestro más humilde servidor.

SGANARELLE.—Y yo lo soy vuestro, de todo corazón.

ALCIDAS.—(*En el mismo tono.*) Mi padre me ha dicho que estáis dispuesto a retirar la palabra que le disteis.

SGANARELLE.—Sí, señor; con gran sentimiento, pero...

ALCIDAS.—¡Oh caballero! No veo mal en ello...

SGANARELLE.—No sabéis lo que me disgusta; yo desearía...

ALCIDAS.—Esto no es nada, os repito. (*Alcidas brinda a Sganarelle dos espadas.*) Señor, tomáros la molestia de elegir la que queráis de estas dos espadas.

SGANARELLE.—¿De estas dos espadas?

ALCIDAS.—Sí, si os place.

SGANARELLE.—¿Y para qué?

ALCIDAS.—Señor, os negáis a casaros con mi hermana después de haber dado vuestra palabra; creo que no encontraréis mal el pequeño cumplido que os hago.

SGANARELLE.—¿Cómo?

ALCIDAS.—Otras personas gritarían y se irritarían con vos; mas nosotros somos personas que tratan las cosas con suavidad; vengo a decirlos con toda cortesía que es preciso, si os parece bien, que nos rebanemos juntos el pescuezo.

SGANARELLE.—He aquí un cumplido mal expresado.

ALCIDAS.—Vamos, señor; elegid, os lo ruego.

SGANARELLE.—Soy vuestro criado, y no tengo pescuezo que cortarme. (*Aparte.*) ¡Qué manera más fea de hablar!

ALCIDAS.—Señor, tiene que ser así, si os place.

SGANARELLE.—¡Eh, señor! Envainad vuestro cumplido, os lo ruego.

ALCIDAS.—Démonos prisa, señor. Tengo un pequeño compromiso que me espera.

SGANARELLE.—No quiero hacer semejante cosa os digo.

ALCIDAS.—¿No queréis batiros?

SGANARELLE.—Ni por pienso, a fe mía.

ALCIDAS.—¿De veras?

SGANARELLE.—De veras.

ALCIDAS.—(*Dándole de palos.*) Al menos, no tendréis motivo de queja; ved que hago las cosas como es debido. Faltáis a vuestra palabra, quiero batirme con vos, os negáis a ello, y os doy unos cuantos palos; sois un hombre demasiado correcto para no aprobar mi proceder.

SGANARELLE.—(*Aparte.*) ¿Qué diablos de hombre es éste?

ALCIDAS.—(*Presentándole las espadas de nuevo.*) Vamos, señor, haced las cosas galantemente sin que os tengan que tirar de las orejas.

SGANARELLE.—¿Otra vez?

ALCIDAS.—Señor, yo no fuerzo a nadie; mas es preciso que crucéis el acero conmigo, ya que no os casáis con mi hermana.

SGANARELLE.—Señor, no puedo hacer ni lo uno ni lo otro, os lo aseguro.

ALCIDAS.—¿Seguro?

SGANARELLE.—Seguro.

ALCIDAS.—Con vuestro permiso entonces.
(*Vuelve a darle de palos.*)

SGANARELLE.—¡Ay, ay, ay!

ALCIDAS.—Señor, lamento infinito verme obligado a actuar así con vos; pero no cesaré, con vuestra licencia, hasta que me prometáis batiros o casaros con mi hermana. (*Alcidas levanta el garrote.*)

SGANARELLE.—¡Pues bien! Me casaré, me casaré...

ALCIDAS.—Ah, señor! Me casaré...

gáis en razón y que las cosas ocurran suavemente. Porque, en fin, soy el hombre que más estimo del mundo, os lo juro; y me hubiera desesperado que me obligaseis a maltrataros. Voy a llamar a mi padre para decirle que todo está arreglado. (*Llama en la puerta de Alcantor.*)

ESCENA XVII

ALCANTOR, DORIMEA, ALCIDAS y SGANARELLE

ALCIDAS.—Padre mío, aquí tenéis a un señor completamente razonable. Ha querido hacer las cosas de buen grado, y podéis entregarle a mi hermana.

ALCANTOR.—Señor, he aquí su mano; no tenéis más que darle la vuestra. ¡Loado sea el cielo! Heme aquí libre al fin de ella. Vos sois quien debe cuidar de su conducta. Vayamos a divertirnos y a celebrar este casamiento feliz.